

The background of the cover is a dark, textured surface, possibly black paper or fabric, that has been torn and scorched. Bright orange and yellow flames are visible at the edges and in the center, where a phoenix is depicted as a bird of fire. The phoenix is the central focus, with its wings spread wide, and it appears to be rising from the flames. The overall mood is dramatic and intense.

La continuación de la trilogía  
El sermón de fuego

# EL MAPA DE HUESOS

FRANCESCA HAIG

minotauro

FRANCESCA HAIG

EL MAPA  
DE HUESOS

minotauro

Título original: *The Map of Bones.*  
*The Fire Sermon, Book 2*

Primera edición: junio de 2016

© 2016, De Tores Ltd. f/s/o Francesca Haig  
© Traducción de Manuel Mata, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

[www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0341-1  
Depósito legal: B. 10.858-2016  
Preimpresión: Víctor Igual, S.L.  
Impresión: Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

**D**esperté de las llamas con un grito que restalló en medio de la creciente oscuridad. Al estirar el brazo hacia Kip, no encontré más que la manta, manchada de ceniza. Seguía sin acostumbrarme a su ausencia, y cada día, al despertar, mi cuerpo desmemoriado se volvía en busca de su calor.

Permanecí tendida en medio del eco de mi propio grito. Ahora soñaba más a menudo con la deflagración. A veces acudía a mí cuando estaba dormida y a veces cuando estaba despierta. Cada día comprendía mejor por qué enloquecían tantos videntes. Ser vidente era como caminar por un lago helado: cada visión era una grieta en el suelo que pisaban tus pies. Muchos días tenía la certeza de que iba a hundirme bajo la frágil superficie de mi propia cordura.

—Estás sudando —dijo Piper.

Mi respiración era atropellada y ruidosa, y se negaba a dejarse controlar.

—No hace calor. ¿Tienes fiebre?

—Aún no puede hablar —dijo Zoe desde el otro lado del fuego—. Dale un minuto.

—Tiene fiebre —dijo Piper, con la mano apoyada en mi frente. Siempre que yo tenía una visión reaccionaba así. Acudía a mi lado y me acosaba a preguntas antes, incluso, de que la visión hubiera tenido tiempo de disiparse.

—No estoy enferma —contesté mientras me incorporaba,

apartando su mano y pasándome la mía por la cara—. Es solo esa visión, otra vez.

Por muchas veces que la hubiera soportado, no había nada que me preparara para ella o aminorase su impacto. Fundía mis sentidos, creando una mezclanza. Su sonido era de absoluta negrura; su color, un chillido blanco en mis oídos. El calor iba más allá de lo doloroso, era total. El tamaño de las llamas superaba cualquier medida: consumían el horizonte y me arrebataban el mundo en un instante de fuego que duraba eternamente.

Zoe se puso en pie y pasó sobre las brasas para traerme un pellejo de agua.

—Cada vez sucede con más frecuencia, ¿no? —dijo Piper.

Cogí el agua que me ofrecía Zoe.

—¿Es que te has dedicado a contarlas? —respondí.

No dije nada, pero siguió mirándome mientras yo bebía.

Yo sabía que, hasta aquella noche, me había pasado semanas sin gritar. Y a un coste enorme: perdiendo horas de sueño; controlando mi aliento convulso cuando acudía una visión; apretando las mandíbulas hasta tener la sensación de que los dientes iban a pulverizarse... Pero Piper se había percatado igualmente.

—¿Has estado observándome? —le pregunté.

—Sí —respondió sin encogerse bajo mi mirada penetrante—. Hago lo que tengo que hacer por la resistencia. Tu labor consiste en soportar las visiones. Y la mía en decidir cómo utilizarlas.

Fui yo quien desvió la mirada y se volvió en otra dirección.

Durante semanas, nuestro mundo había estado hecho de cenizas. Aun después de salir de los páramos, el viento seguía soplando desde el este y lastraba el cielo con una carga de ceniza negra. Cuando cabalgaba detrás de Piper o Zoe, veía cómo se posaba incluso en el elaborado contorno de sus orejas.

Si hubiera llorado, me habrían salido lágrimas negras. Pero no tenía tiempo para eso. ¿Y por quién habría llorado, además? ¿Por Kip? ¿Por los que habían muerto en la isla? ¿Por los que estaban atrapados en Nuevo Hobart? ¿Por los que seguían suspen-

dididos, fuera del tiempo, en los tanques? Eran demasiados y mis lágrimas no les servirían de nada.

Descubrí lo punzante que era el pasado. Los recuerdos me herían la piel, implacables como los espinos que crecían a la orilla del negro río de los páramos. E incluso cuando intentaba recordar alguna época feliz —sentada con Kip en el alfeizar de la ventana, en la isla, o compartiendo risas con Elsa y Nina en la cocina de Nuevo Hobart— mi mente terminaba siempre en el mismo sitio, el suelo del silo. En aquellos últimos minutos: la Confesora y lo que me contó sobre el pasado de Kip; el salto de Kip y su cuerpo sobre el hormigón, allí abajo.

Descubrí que sentía envidia por la amnesia de Kip. Así que aprendí a no recordar. Me aferré al presente, al caballo al que montaba, a su solidez y calor. A los momentos que pasaba con Piper, inclinados sobre un mapa trazado en la tierra para decidir nuestro siguiente destino. A los indescifrables mensajes dejados en las cenizas por los reptiles que arrastraban el vientre sobre la tierra hecha pedazos.

Cuando tenía trece años y acababan de marcarme, me quedaba mirando la herida reciente en el espejo y me decía: «Esto es lo que soy». Ahora había empezado a hacer lo mismo con mi vida. Traté de aprender a habitar en ella, como había hecho con mi cuerpo marcado. «Esta es mi vida», me decía cada mañana cuando Zoe me tocaba en el hombro para despertarme al llegar mi turno de guardia o cuando Piper echaba tierra sobre la hoguera de una patada y decía que era hora de volver a ponerse en camino. «Ahora, esta es mi vida.»

Tras nuestra incursión en el silo, había tantas patrullas del Consejo en la región de Wyndham que antes de volver al oeste teníamos que viajar en dirección sur e internarnos en esa vasta úlcera de la tierra llamada los páramos.

Finalmente hubo que abandonar a los caballos, ya que a diferencia de nosotros, no podían sobrevivir alimentándose de carne de lagarto y larvas, y en el sitio por el que viajábamos no crecía la hierba. Zoe sugirió que nos los comiéramos, pero Piper, para

gran alivio mío, señaló que estaban tan flacos como nosotros mismos. Y era verdad, tenían el lomo tan huesudo como la columna vertebral de un lagarto. Cuando Zoe los soltó, partieron a galope en dirección oeste sobre unas patas que no eran otra cosa que huesos finos y alargados. No sé si huían de nosotros o solo querían escapar de los páramos.

Creía conocer la destrucción sembrada por la deflagración, pero aquellas semanas me la mostraron de nuevo. Vi que la piel de la tierra, al retirarse como un párpado, había dejado al descubierto una superficie de piedra calcinada y polvo. Dicen que, tras la deflagración, casi todo el mundo quedó así, roto. Había oído a los bardos cantar sobre el largo invierno, en que el cielo había quedado amortajado de polvo durante años, sin que creciese nada. Habían pasado siglos desde entonces, y los páramos habían retrocedido hacia el este, pero al pasar por allí, pude comprender mejor el miedo y la rabia que habían alimentado las purgas, en las que los supervivientes habían destruido todas las máquinas que aún quedaban tras la deflagración. El tabú que rodeaba aquellos vestigios de tecnología no era solo una ley, sino un instinto. Cualquier rumor o historia sobre lo que podían hacer las máquinas en el Antes se había difuminado bajo la evidencia del más sustancial de sus logros: fuego y cenizas. Nunca hizo falta imponer las estrictas penas reservadas por el Consejo para quienes quebrantasen el tabú. Nuestra propia aversión se encargaba de garantizar su cumplimiento. De hecho, nos apartábamos con tembloroso temor de los fragmentos de máquinas que aún, de vez en cuando, afloraban a la superficie en medio del polvo.

Del mismo modo que la gente se apartaba con tembloroso temor de nosotros, los omegas, portadores en el cuerpo de la marca de la deflagración. Era el miedo a la deflagración y su contagio lo que había llevado a los alfas a exiliarnos. Para ellos, nuestros cuerpos eran páramos de carne: infértiles y rotos. Los gemelos imperfectos llevábamos con nosotros la mácula de la deflagración, tan clara como la tierra calcinada de levante. Nos expulsaban de los lugares donde ellos vivían y labraban la tierra,

para que intentáramos arrancarle una mísera existencia a las regiones devastadas.

Piper, Zoe y yo habíamos salido del este como fantasmas ennegrecidos. La primera vez que nos lavamos, el agua del arroyo se volvió negra. E incluso después de terminar, la piel entre mis dedos seguía teñida de gris. La tez morena de Piper y Zoe cobró un tono ceniciento que no se iba con el agua; era la palidez del hambre y el agotamiento. Los páramos no se dejaban atrás a la ligera. Aun cuando ya marchábamos hacia el oeste, seguía saliendo ceniza de las mantas cada noche al sacarlas, y seguíamos tosiendo polvo al llegar la mañana.

Piper y yo estábamos sentados a la entrada de la cueva, viendo al sol espantar la oscuridad de la noche. Hacía más de un mes, de camino al silo, habíamos dormido en la misma cueva recóndita y nos habíamos sentado sobre la misma roca plana. Junto a mi rodilla, la roca exhibía aún los arañazos que le había dejado Piper entonces, al afilar su cuchillo.

Lo miré. El tajo de su brazo se había curado ya, y tan solo parecía un trazo de color rosado, con el tejido cicatrizado levantado y cerúleo, y comprimido en algunos sitios por la acción de los puntos. A mí también se me había cerrado el corte del cuchillo de la Confesora en el cuello. En los páramos era aún una herida abierta, recubierta de ceniza. ¿Seguiría la ceniza allí, dentro de mí, como unas motas de negrura bajo el caparazón de la cicatriz?

Piper me ofreció un trozo de carne de conejo ensartado en la hoja de su cuchillo. Eran sobras de la cena anterior y estaba embadurnada de grasa fría, coagulada en hebras grisáceas. Sacudí la cabeza y aparté la mirada.

—Tienes que comer —dijo—. Aún tardaremos tres semanas en llegar a la costa Hundida. Y más hasta la ribera occidental, si vamos a buscar los barcos.

Todas nuestras conversaciones comenzaban y terminaban con los barcos. Sus nombres se habían convertido en una especie



de bendición, *Rosalind* y *Evelyn*. Y a veces me daba la impresión de que si los peligros de los mares ignotos no los hundían, lo haría el peso de nuestras expectativas. Se habían convertido en todo para nosotros. Habíamos logrado destruir al Consejo de la Confesora, así como la máquina que usaba para perseguir a todos los omegas, pero no era suficiente. Sobre todo después de la masacre de la isla. Puede que hubiéramos frenado al Consejo y le hubiéramos arrebatado dos de sus armas más poderosas, pero los tanques eran pacientes. Yo lo había comprobado en mis propias carnes, tanto en las visiones como en la atroz solidez de la realidad. Hilera tras hilera de tanques de cristal, prístinos infiernos cada uno de ellos.

Ese era el plan del Consejo para todos nosotros. Y si no teníamos un plan propio, un objetivo por el que luchar, seguiríamos arañando la tierra yerma hasta el fin de los tiempos. Tal vez pudiésemos postergar un poco el destino de los tanques, pero nada más. En su día, la isla había sido nuestro destino. Pero aquel destino había desaparecido en medio de una tormenta de sangre y humo. Así que ahora buscábamos los barcos que había enviado Piper desde la isla, meses atrás, en busca de Otraparte.

Había veces en que, más que un plan, parecía un sueño.

Al llegar la próxima luna se cumplirían cuatro meses de la partida de las naves.

—Es muchísimo tiempo para estar en el mar —dijo Piper mientras estábamos allí, sentados en la roca.

Como yo no tenía nada tranquilizador que responder, guardé silencio. No se trataba solo de si existía Otraparte. La auténtica duda era lo que podía ofrecernos, en caso de que existiese. Lo que podían saber o hacer sus habitantes, a diferencia de nosotros. Otraparte no podía ser simplemente otra isla, un sitio donde ocultarse del Consejo. Eso podía ofrecernos un respiro, pero no sería una solución, como no lo había sido la isla. Tenía que ser algo más, una auténtica alternativa.

Si las naves no encontraban Otraparte, tendrían que regresar, atravesando un mar traicionero. Si sobrevivían y no las captura-

ban al regresar a la isla ocupada, debían volver a un punto de encuentro acordado, el cabo Sombrío, al noroeste.

Las probabilidades parecían muy escasas: las contingencias se amontonaban unas sobre otras, cada una más improbable que la anterior, mientras que los tanques de Zach eran una realidad sólida, y más numerosa a cada día que pasaba.

A estas alturas, Piper ya sabía que no tenía sentido tratar de romper mis silencios.

—Otras veces —continuó, sin apartar la mirada del amanecer—, cuando hemos mandado los barcos, algunos han vuelto a la isla meses más tarde, sin más fruto de su travesía que el casco dañado y la tripulación aquejada de escorbuto. Dos de ellos no volvieron nunca. —Guardó silencio un instante, sin que su rostro revelase emoción alguna—. No es una mera cuestión de distancia, ni tampoco tiene que ver con las tormentas. Algunos de los marineros han vuelto contando historias sobre cosas que cuesta imaginar. Hace pocos años, uno de nuestros mejores capitanes, Hobb, llevó tres barcos al norte. Estuvieron fuera más de dos meses. Ya casi había llegado el invierno cuando regresó... y para entonces solo conservaba dos barcos. Las tormentas invernales a las que estamos acostumbrados en el oeste ya son lo bastante malas; ni siquiera viajábamos a la isla si podíamos evitarlo. Pero Hobb nos contó que más al norte, el mar entero empezaba a helarse. El hielo destrozó uno de los barcos como si fuera un juguete. —Abrió la mano y cerró el puño—. Se perdió la tripulación entera.

Hizo una nueva pausa. Ambos nos quedamos mirando la escarcha que endurecía la hierba. Se acercaba el invierno.

—¿Crees que, después de todo este tiempo —dijo—, *Rosalind* y *Evelyn* podrían seguir por ahí?

—No sé si lo creo —respondí—, pero al menos lo espero.

—¿Y te basta con eso? —preguntó.

Me encogí de hombros. ¿Qué quería decir con si me bastaba? ¿Bastarme para qué? Para seguir adelante, supuse. Había aprendido a no pedir más. Me bastaba con doblar la manta al cabo de

cada día de descanso, guardarla en la mochila y seguir de nuevo a Piper y Zoe a las llanuras para otra noche de caminata.

Piper volvió a ofrecerme la carne. Aparté la cara.

—Tienes que acabar con eso —dijo.

Él seguía hablando como antes, como si el mundo estuviera a sus órdenes. Si cerraba los ojos, podía imaginármelo dándome aún instrucciones en la cámara de la Asamblea, en la isla, y no sentado sobre una roca, con la ropa sucia y desgarrada. En ocasiones yo sentía admiración por su seguridad en sí mismo, su audacia frente a un mundo que hacía cuanto estaba en su mano por demostrarnos que no valíamos nada. Otras veces me desconcertaba. A veces, casi sin darme cuenta, observaba sus movimientos. Tras las últimas semanas estaba más flaco y tenía la piel demasiado tiesa sobre los pómulos, pero lo que no había cambiado era la desafiante prominencia de su mandíbula, ni la seguridad que transmitían sus hombros, como si no tuvieran miedo de ocupar el espacio. Era como si su cuerpo hablase una lengua que para el mío estuviera perpetuamente vedada.

—¿Acabar con qué? —contesté, eludiendo su mirada.

—Ya sabes a qué me refiero. No comes. Apenas duermes o hablas.

—Pero no me rezago, ¿verdad?

—No he dicho que lo hagas. Solo que ya no eres tú misma.

—¿Y desde cuándo eres experto en mí? Apenas me conoces —respondí con una voz que sonó chillona en la quietud del alba.

Sabía que no era justo arremeter contra él. Lo que había dicho era cierto. Cada vez comía menos, incluso ahora que habíamos salido de los páramos y la caza era abundante. Comía lo justo para conservar las fuerzas y viajar a buen paso. Cuando el día era fresco, al llegar la hora de dormir, me quitaba la manta de los hombros y me entregaba al frío.

No podía hablar de esto con Piper o Zoe. Para eso habría tenido que hablar de Kip, cuyo nombre, esa solitaria sílaba, tenía clavado en la garganta como una espina.

También su pasado me detenía al borde de las palabras. No

podía hablar sobre él. Desde el silo, cuando la Confesora me había contado cómo era antes del tanque, acarrea su revelación conmigo a todas partes. Se me daban bien los secretos. Le había ocultado a mi familia mis visiones durante trece años, antes de que Zach me desenmascarara. Y a la Confesora no le había contado nada sobre la isla durante los cuatro años que yo había pasado en las Salas de Preservación. En la isla, había logrado esconder la identidad de mi gemelo a Piper y a la Asamblea durante semanas. Así que en ese momento oculté lo que sabía sobre Kip. Que de niño había atormentado a la Confesora y que había disfrutado cuando la marcaron y se la llevaron. Que de adulto había tratado de encontrarla y que había pagado para que la encerrasen en las Salas de Preservación para su propia protección.

¿Cómo podía resultarme tan desconocido cuando yo habría sido capaz de identificar cada una de sus vértebras con las yemas de mis dedos y conocía con total precisión la curva de su cadera al pegarse a la mía?

Pero al final, en el silo, él había tomado la decisión de morir para salvarme. Era, al parecer, el único regalo que podíamos hacernos ya, el de nuestras propias muertes.